

**“Mi hijo se había perdido, y es hallado” (Lc. 15:24)**  
Sal. 32; Is. 12:1-6; 2 Co. 5:16-21; Lc. 15:1-3, 11-32

Hohenau,  
Cap. Miranda.

### **Introducción**

¿Alguna vez has estado perdido? De pequeño, ¿te sucedió alguna vez que necesitaste mucho de la compañía de tus padres, porque sentiste miedo, o angustia por algún pesar? Quizás extrañaste a algún familiar cuando te fuiste lejos, de viaje a alguna parte, o a algún país. Y sentiste en tu corazón la nostalgia por volver a ver a quienes amabas. Así también sucede en la parábola del hijo pródigo. El hijo comienza a extrañar a su padre después de un tiempo, cuando la vida ya no le sonrío como antes, cuando siente hambre y soledad. Pero por sobre todas las cosas, cuando se da cuenta y reconoce la deuda que tiene para con su padre, porque lo trató mal, malgastando la herencia que le correspondía, y ahora está sólo y sin nada en un país lejano. En esta maravillosa enseñanza de Jesús, vamos a aprender que siempre es posible volver a los brazos abiertos de Dios, cuando nos arrepentimos de corazón y reconocemos nuestros pecados delante de él. El Padre celestial, por su gracia demostrada en Cristo, desea perdonar, y espera eso de nosotros también para con nuestros hermanos.

### **1. El hijo perdido: los publicanos y pecadores**

*1 Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, 2 y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come. 3 Entonces él les refirió esta parábola, diciendo:*

Para comenzar, podemos empezar diciendo quiénes son el modelo de pecador en los evangelios: son los publicanos, los cobradores de impuestos. Porque ellos cobran impuestos para Roma, y de lo que cobran, también se guardan para ellos una parte. O sea, el pecador “estrella” en los evangelios, son los recaudadores de impuestos, porque manejan mal el dinero público, y se guardan ellos una parte, porque son corruptos. Cabe uno preguntarse, ¿yo le debo a alguien algún monto en dinero? Porque tener una deuda con alguien, y no pagarle, como si no pasara nada, eso es un pecado, eso es ser corrupto.

Los publicanos que se acercaban a Jesús para oírle, eran los cobradores de impuestos arrepentidos de este mal vicio de robar a sus hermanos, haciendo de cuenta que no pasaba nada. Ellos deseaban cambiar y en verdad la Palabra de ley y de evangelio de Jesús los había cambiado como personas. Habían dejado ese vicio atrás, y seguían luchando para no caer de nuevo.

Pero los fariseos, los maestros de la ley, hablan mal de Jesús. Ellos dicen: Este Jesús es amigo de pecadores. Los recibe, les perdona, y come con ellos. Los fariseos juzgan por las apariencias. Se enojan con Jesús porque recibe y come con pecadores. Pero es que estos pecadores habían reconocido su pecado, y con la ayuda de Cristo, estaban cambiando su mal manejo del dinero público. Querían ser ahora trabajadores honrados. Aquí vemos el gran amor de Cristo. Él no tiene miedo de ser llamado nuestro amigo. Él no se inquieta por las habladurías de los fariseos. Porque Jesús conoce nuestros corazones. Y de verdad desea estar contigo, perdonarte, y ayudarte a mejorar como un hijo de Dios que eres por el santo Bautismo.

### **2. El hijo perdido: el hijo menor**

*11 También dijo: Un hombre tenía dos hijos; 12 y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. 13 No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. 14 Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. 15 Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. 16 Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. 17 Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! 18 Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. 19 Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.*

Como los fariseos hablan mal de él, entonces Jesús les contesta contándoles una parábola. La parábola es una historia ficticia, pero que trasmite una realidad espiritual con la cual uno puede identificarse. Jesús les quiere enseñar a los fariseos, que ellos también tienen faltas, que ellos también necesitan reconocer sus pecados frente a Dios, y que en verdad no son tan santos y justos como ellos creen ser. Que ellos, por su dureza del corazón, también son para Dios como hijos perdidos, igual que los cobradores de impuestos, antes de conocer a Cristo y su perdón.

Entonces les cuenta la parábola del hijo pródigo. En esta historia, el hijo menor pide la parte de los bienes que le corresponde. No espera cobrar su herencia cuando su padre muera.

Él quiere tener su parte ahora, estando vivo su padre. Con esto demuestra desprecio por su familia, y amor al dinero. Este joven es el típico caso del niño mimado, que lo tiene todo, que no se da cuenta del valor de las cosas, de que lo importante es la familia, y no los bienes materiales. Piensa que la felicidad es algo que se vive aquí y ahora, haciendo lo que uno quiere, pasando por encima de los demás, cueste lo que cueste. No mide las consecuencias de sus actos.

¿Qué hacer con un hijo así de malcriado? La historia no nos cuenta de si tenía una madre, o si esta había fallecido en su infancia, o si esta había abandonado a los hijos y se fue a vivir a otra parte. Sólo cuenta que tiene un padre. Puede ser que la influencia del entorno haya ejercido presión en aquel joven para irse de la casa, para ser “libre” finalmente del lazo de su padre. Como sea, lo que sucede después es que su padre, viendo que ya no lo puede refrenar, decide dejarle a su libre voluntad. El padre deja que el joven se vaya de la casa, si eso es tanto lo que quiere. Le entrega con mucho dolor la parte de la herencia que le corresponde como hijo suyo. Y mientras su hijo parte feliz a un país lejano, su padre se duele en su corazón por la mala decisión del hijo. Entra a la casa, y llora en secreto por la partida del joven hijo. Por otro lado, seguramente el hermano mayor, debe sentir ira, rabia, contra su hermano, por su insolencia. Pensará, “¿cómo es posible que le haga semejante cosa a este pobre viejo?”

Y ahí va el joven hijo, hacia un triste destino. Se va a un país extranjero, pensando encontrar allí la felicidad. La felicidad material, la felicidad pasajera y superficial de este mundo. Una felicidad que dura mientras haya dinero. Porque después, cuando se acaba el dinero, todos se van. Uno se da cuenta que los amigos, muchas veces eran amigos mientras dure la fiesta. Cuando las papas queman, ninguno de ellos aparece.

Esto fue precisamente lo que le pasó a este joven. Cayó en el engaño de este mundo. Por no escuchar el consejo de su familia, ahora se haya en una situación desesperada. No tiene dinero, se encuentra sólo, sin alguien que le ayude. Entonces, como no sabe trabajar, como no estudió nada tampoco, no le queda otra cosa que mendigar. ¡Qué vergüenza, qué humillación! Pero todavía no quiere reconocer su error. Para colmo de males, la situación económica del país comienza a empeorar. No hay trabajo, nadie le quiere ayudar.

Un hombre entonces, se compadece de él, y decide darle un trabajo, él único que puede darle. Un trabajo que nadie desea aceptar: dar de comer a los cerdos. El joven es judío, y como judío el cerdo es un animal considerado impuro, y si lo toca, él será considerado también una persona impura. Es la misma situación que millones de personas hoy viven en la India, donde la casta más baja de la sociedad está formada por personas llamadas “parias” o intocables. Sufren el rechazo de los demás, y no pueden contraer matrimonio con personas de castas más elevadas. ¿Y nuestros propios intocables, hoy día, en nuestra sociedad, quienes serían? ¿Quiénes serían los más rechazados por nosotros, a quienes miramos de costado, con quienes no desearíamos tener trato?

Así es como este joven pasó, en poco tiempo, de la abundancia más grande a la necesidad más extrema. Su ropa eran ahora unos harapos. Sucio, todo sudado: estaba irreconocible. Así es el pecado en nosotros. Cambió nuestro estado espiritual delante de Dios. Quedamos irreconocibles; tanto, que si nos miramos a nosotros mismos en el espejo de la ley de Dios, no asustamos y tenemos miedo de lo bajo que hemos caído. Le hemos fallado a nuestro Padre celestial, le he fallado a mi propio hermano, malgasté el dinero de la familia, usé mal de los bienes materiales, porque preferí usarlos en vino, cerveza y lujos pasajeros, y ahora cuando comenzó a faltarme, justo ahora, ni siquiera tengo el pan en la mesa. Me siento tan necesitado, y tan avergonzado, y tan solo, y triste, y carente de amor, tan necesitado del amor de mi Padre, tan necesitado del perdón de mis pecados, siento tanta culpa, y no sé qué hacer. Me doy cuenta recién ahora. *“18 Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. 19 Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros” (Lc. 15:18-19).*

Hoy día se oye hablar de jóvenes que terminan quitándose la vida por alguna cuestión sentimental. ¡Qué triste ver lo que está pasando con nuestra querida juventud! ¡Quitarse la vida por una cuestión de noviazgo! ¡No vale la pena! Al contrario, podemos aprender del hijo pródigo lo que él hizo al encontrarse en un lamentable estado: volver a su casa, a su padre, a su familia, para allí encontrar consejo y consuelo.

Existe por ahí también la falsa idea de que un cristiano puede estar lejos de la iglesia, aunque cerca de Dios. Esa es una mentira del diablo. El Señor te invita a congregarte, cuando dice en el Tercer Mandamiento “Santifica el día de reposo”. Dios desea que vengas el culto, y en familia. Si estás alejado de la iglesia, en verdad también estás alejado de Dios. Porque la iglesia es el cuerpo de Cristo, y Cristo es su cabeza. Por lo tanto, si estás alejado de los miembros, de tus hermanos, ¡cuánto más de la cabeza, de Cristo! Si ese es tu pensamiento, déjame decirte que eres un hijo pródigo, y que debes volver a participar en el culto con tu familia.

### **3. El hijo perdido es hallado**

*20 Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. 21 Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. 22 Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. 23 Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; 24 porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse.*

*“Y levantándose, vino a su padre”.* Esta es una de las cosas más difíciles de la vida. Pedir perdón a nuestra familia, a nuestros padres, por el mal cometido. El hijo pródigo, lo hizo porque era su último recurso, su única salida. Así también nosotros, reconocer nuestra situación pecaminosa delante de los hombres y de Dios, es la única salida que tenemos. Confesar nuestros pecados, nos libera. Pedir perdón y encontrar el perdón en Cristo, es lo que nos convierte en auténticos cristianos. No está en nuestras obras la santidad. La santidad viene de Dios a través de su perdón en Cristo. Es por eso que el texto bíblico dice: *“Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó”* (Lc. 15:20). El padre todos los días miraba por la ventada, hacia al horizonte, a ver si por ahí veía venir a su hijo. Todos los días oraba, pedía a Dios por la vida de su hijo, y encomendaba a sus manos celestiales el cuidado de su hijo. Esto también nos pasa como padres cristianos, cuando nuestros hijos se van de casa: oramos por él, para que esté bien, para que lleve una vida cristiana, para que no se olvide de Dios, para que tenga salud y trabajo, para que vuelva sano y salvo. Y ahora, de pronto, ve de lejos la figura de su hijo. Un hijo que vuelve derrotado, humillado. Y su corazón se le parte al medio, viendo a su hijo como un mendigo, medio muerto de hambre. No lo puede creer, pero sí, ¡es su hijo! “Mi hijo”, piensa, “es él”, Dios finalmente ha atendido mis plegarias. Gracias Señor: *“mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”* (Lc. 15:24).

El padre, corrió a ver a su hijo *“se echó sobre su cuello, y le besó”*... porque *“fue movido a misericordia”*. Ser misericordioso, significa tener compasión de alguien. El padre tuvo compasión del hijo. No tuvo en cuenta el desprecio de aquel hijo. No quiso cobrarle el mal que le hizo. Porque era su hijo. Hoy nosotros tenemos la dicha, el honor, de que Dios nos trate de la misma manera, porque Jesucristo, su Hijo, pagó por nuestros pecados. Tenemos la alegría de poder, como hijos, llamar a Dios “nuestro Padre”. Eso es la fe salvadora, poder llamar a Dios “Abba, Padre”, como hijos amados por él, por el sacrificio de su Hijo Jesús, y por el arrepentimiento que ha obrado en nuestro corazón el Espíritu Santo. Llamar a Dios “Padre”, sin miedo, sin rencor, estando en paz con Él, es el resultado de estar justificados por la fe. Sin la justicia recibida de parte de Dios a través de la fe, no podríamos llamar con confianza a Dios “Padrenuestro”. Por eso, la próxima vez que digas “Padrenuestro”, date cuenta del inmenso privilegio que estás teniendo. Un honor que no todos tienen, porque les falta la fe en Él, porque no conocen del inmenso amor de Dios, así como les pasaba a los fariseos. Eran religiosos por fuera, pero vacíos por dentro, porque no podían llamar a Dios su “propio Padre”. En cambio, los cobradores de impuestos, gracias a Jesús, externamente hablando eran despreciados por los demás, pero por dentro sentían la alegría del perdón de sus pecados, y de la paz de Dios, que ahora era su propio Padre”.

El perdón de Dios inmediatamente nos devuelve la dignidad de hijos de Dios, antes perdida a causa del pecado. El hijo confiesa su pecado, y dice: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo”* (Lc. 15:21). Entonces inmediatamente *“el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. 23 Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta”* (Lc. 15:22-23). ¿Qué hizo el hijo para merecer el perdón? Nada. Tan solo confesó su pecado. ¿Qué hace el padre? Todo. Le devuelve la dignidad de hijo suyo a través del perdón. Le hace libre, por sola gracia. No le pide al hijo hacer algún sacrificio. Así también Dios, cuando arrepentidos confesamos nuestros pecados, nos perdona inmediatamente, por gracia, sin tener necesidad de obras o de pago en dinero de nuestra parte. Porque el perdón de Dios no se puede comprar, no se puede conseguir a través de obras mías. El perdón de Dios es algo que recibo por pura gracia, como un regalo que no merezco. El regalo de mi perdón, y su costo, es gracias al sacrificio y la muerte de su Hijo Jesucristo. El costo de mi perdón, fue la sangre derramada en la cruz del santo e inocente Hijo de Dios. Ese fue el costo, ese fue el precio. Tan grave fue mi pecado, tanto más grande fue el amor de Dios, mi Padre. Por eso, cuando llames a Dios “Padre”, no tengas en cuenta los errores humanos de tus propios padres humanos. Cuando llamas a Dios “Padre”, ten en cuenta su gracia en Cristo, ten en cuenta que es un Padre perfecto e ideal. Cuando escuches la palabra del perdón en la boca del pastor, que dice “tus pecados te son perdonados”, entiende que aquí estás escuchado la voz de tu propio Padre celestial, que él te dice desde el cielo “te perdono, porque te amo. Porque soy tu padre amoroso, y tú eres mi hijo. Qué bueno es tenerte otra vez a mi lado”.

#### **4. El hijo mayor también estaba perdido**

*25 Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; 26 y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. 27 El le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano. 28 Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. 29 Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. 30 Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con ramera, has hecho matar para él el becerro gordo. 31 El entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. 32 Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.*

El reencuentro trae felicidad a la familia. Nuevamente hay armonía entre padre e hijos. Inclusive los empleados, que no son parte de la familia, se alegran. Hay alegría y fiesta en el cielo cada vez que un pecador se arrepiente.

Ahora regresa del campo el hermano mayor. Él se había quedado en casa de su padre, como hijo obediente. No se había quejado delante de su padre del mal comportamiento del hermano menor, pero en su corazón tenía odio contra él. Inclusive ni siquiera lo consideraba más su hermano. Escucha que hay música y baile en la casa. ¿Qué fiesta será esta? Un empleado le hace saber que su hermano ha regresado, y que su padre ha organizado una fiesta en su honor.

Imagínense la cara del hermano mayor cuando oye esta novedad. Se enojó y no quería entrar. Entonces su padre sale afuera para hacerle entrar en razones, pero no hay caso. Incluso, sin conocer la realidad del asunto, habla mal de su hermano, diciendo que vuelve a casa después de haber gastado los bienes en prostitutas. ¿De dónde sacó eso? Pero el padre, viendo el enojo de su hijo mayor, se da cuenta también que este hijo mayor está perdido, perdido en el odio y el rencor hacia su hermano menor. El odio y el rencor hacia el hermano deudor puede llegar a dominarnos también a veces. Pero ese no es el camino a seguir. El final queda abierto, porque el padre dice, como animándole a entrar a la casa: *Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. 32 Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado* (Lc. 15:31-32). El padre ciertamente reconoce el pecado de su hijo menor, pero es mayor la alegría que siente al recibirlo sano y salvo en la casa. Porque una deuda material jamás puede compararse con el valor que tiene la vida humana, ni las pérdidas materiales nunca podrán igualarse con el valor que tiene el amor y el perdón de Dios. Como dije, el final queda abierto. Depende de ustedes el camino a tomar: Si por un lado como hermano mayor entran a casa, y aceptan las disculpas del hermano menor, que promete de ahora en adelante pagar su deuda material con trabajo; o si por el otro lado, como hermano menor, van al encuentro de su hermano mayor, le piden perdón, y cuanto antes buscan la manera de arreglar la cuenta pendiente que tienen con este. Para que de esta manera reine la felicidad y la concordia en esta casa, es decir, en la iglesia cristiana. Amén.